

La urdimbre americanista

Ramón Gutiérrez*

La transmisión del conocimiento entre las generaciones de americanistas que comenzaron a transitar en la segunda mitad del siglo XX, se sustentaban en los sólidos lazos de la amistad y la solidaridad.

No podía ser de otra forma para un reducido núcleo que había nacido al calor de las iniciativas de don Diego Angulo Iñíguez y del argentino Martín Noel en aquellas memorables jornadas de Sevilla en 1930 en que habría de culminar la gestión del Laboratorio de Arte Americano de la Universidad hispalense.

En aquel centro que dio lugar a la formación de una notable biblioteca y a una documentación excepcional para avanzar en el reconocimiento del arte americano, se forjaría la estrecha amistad de Angulo Iñíguez y Enrique Marco Dorta, su aventajado discípulo que habría de culminar su periplo sudamericano en su extenso viaje del año 1941. Fruto de ese viaje y de sus tesoneros trabajos en el Archivo General de Indias sería su tesis doctoral sobre Cartagena de Indias, mientras don Diego culminaba su impresionante trabajo en siete volúmenes de los Planos y Mapas de América y Filipinas existentes en el Archivo General de Indias.

Don Enrique Marco Dorta fue la correa de transmisión de la amistad que vinculó a Angulo Iñíguez con el argentino Mario J. Buschiazzo, a quien entre ambos incorporaron a la monumental –y aún no superada– obra de la *Historia del arte Hispanoamericano* que editara Salvat entre 1945 y 1956. Don Diego, a su vez, estrechó los vínculos con el mexicano Manuel Toussaint, quien impulsara en 1937 la creación del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Buschiazzo formaría en 1947 el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas en la Universidad de Buenos Aires y a la vez promovería junto con Carlos Arbeláez Camacho la creación de una entidad similar en la Universidad Javeriana de Bogotá. La red quedaba armada en lo sustancial en esos veinte primeros años, pero detrás de

* Arquitecto. Conicet (Argentina).

ella estaba con un carácter silencioso pero persistente la figura de quien era el asesor bibliográfico y amigo de todos ellos, don José Ibáñez Cerdá.

Preocupado por diversos temas, pero interesado en todos, don José constituía el punto de referencia en la insaciable búsqueda de las limitadas ediciones que en aquel entonces configuraban la bibliografía americanista. Don Diego había perfilado una biblioteca especializada en Sevilla que contaba con obras emblemáticas como los diez tomos de Sylvester Baxter sobre el arte mexicano editados en Boston en 1901. Pero la Biblioteca del antiguo Instituto de Cultura Hispánica que llevaba don José Ibáñez apuntalaba con importantes colecciones de temas históricos, sociales, antropológicos, etnográficos, literarios y culturales la tarea de los investigadores americanistas que pasaban por Madrid.

No solamente era la sabiduría del conocimiento bibliográfico lo que permitía recoger de don José Ibáñez un caudal importante de información, sino también su capacidad para articular los temas y abrir horizontes de reflexión.

Puedo dar testimonio personal de un camino que me llevó en 1970 desde la recomendación de Mario Buschiazzo a Antonio Bonet Correa, a la sazón a cargo del Laboratorio de Sevilla, hasta la presencia insoslayable de Enrique Marco Dorta –a cargo entonces de la emblemática Residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas– y a don José Ibáñez en la Biblioteca Hispánica.

Esa urdimbre americanista, donde la amistad posibilitaba las tertulias sin limitaciones, la generosa transmisión de los conocimientos y saberes, el auxilio eficaz para acceder a fuentes y archivos y la alegría de las investigaciones compartidas, forjaron un recuerdo imperecedero para quien recién comenzaba a transitar en la búsqueda de una vocación profesional y académica. Pero más importante que esto, era la enseñanza implícita de lo que significaba trabajar en equipo, participar, aun a largas distancias, de proyectos comunes, de búsquedas compartidas. Siempre estos maestros me hicieron sentir que mis proyectos eran también suyos, siempre entendí que su tarea era también la mía.

Disposición de dar y compartir, entusiasmo en participar, amistad que se prolongó en los años a un lado y otro del Atlántico, han forjado un cimiento donde hoy se sustentan en nuevas generaciones, con renovadas miradas y modalidades de trabajo, en una trama que es capaz de contener y posibilita avanzar. Hoy cientos de publicaciones reemplazan aquellos escasos y esquivos textos que formaban la bibliografía americanista de hace medio siglo, las redes informáticas nos permiten el ac-

ceso a múltiples fuentes, pero todo ello fue posible porque existió esa cimentación firme que posibilitó consolidar este promisorio futuro.

Cuando recordamos a uno de estos pilares, a don José Ibáñez Cerdá, debemos recordar aquella reflexión de Michel Quoist sobre el ladrillo. El ladrillo del cimiento que quizás luce menos que el de la fachada, es tan esencial porque sin él la fachada no existiría. Cabe pues resaltarlo en este homenaje a quienes han permitido consolidar el edificio de la historiografía sobre esa sólida y persistente urdimbre de la generosa vocación de servicio, la amistad y la solidaridad.



Biblioteca Hispánica. Sala de lectura



Biblioteca Hispánica. Sala de lectura